

Los orígenes del liberalismo de los EE.UU. y de la democracia contemporánea

Por Arnold August, marzo de 2012

«Libertad y propiedad» fueron los eslóganes que los británicos adoptaron como estandarte para dar paso a la Revolución Gloriosa de 1688 «antes de ser retomada más sistemáticamente por la Revolución Estadounidense y luego por la Revolución Francesa en su primera período».¹

[Sin embargo,] la Revolución Francesa, como todas las grandes revoluciones, se había adelantado a su tiempo y se proyectaba más allá de sus demandas. Es por lo tanto, a la vez, una revolución burguesa [...] y proyectada más adelante, es vivida como una revolución popular, que puede leerse hoy como iniciando la crítica socialista del sistema burgués [...]. La “propiedad popular” que la Revolución Francesa cree que puede y por tanto debe garantizar es [la propiedad de las clases populares] la de millones de campesinos y artesanos.²

De hecho, fueron estos los segmentos de la población los que llenaron la plaza de la Bastilla en 1793 y los que marcharon hasta la residencia del Rey en Versalles. Los barrios populares que rodeaban la Bastilla eran aquellos donde vivía la clase obrera y la artesana, aun cuando la clase sublevada burguesa llevase las riendas de la Revolución. Así, la Revolución Francesa se «adelantó a su tiempo», entre otros motivos, porque debía tomar en cuenta las porciones de la sociedad más allá del perímetro e intereses de la naciente clase capitalista y de terratenientes. La Revolución Estadounidense, por su parte, siempre estuvo bajo la rienda firme de la clase opulenta que disponía de esclavos, tal como George Washington. Pero en cuanto a política interna se refiere, tenía mayor similitud con la Revolución Gloriosa de 1688 de su ex metrópoli. Aun cuando las estructuras parlamentarias difirieran de las establecidas en los EE.UU., el conflicto británico oponía a los lores contra a la monarquía.

En realidad, dado que la base de la ideología estadounidense se reduce a la fórmula de la Revolución Estadounidense de libertad (para acumular patrimonio) y felicidad (extraída de la propiedad), ahí se establece el retroceso de la ideología de la Revolución Francesa e incluso se abole sus valores.³ Este es un punto que hay que guardar en mente a medida en que examinamos la evolución

histórica de los Estados Unidos. Los esfuerzos que la nación despliega a través de sus líderes políticos para asociar superficialmente su tradición con las grandes corrientes históricas, tales como la Revolución Francesa, carecen de fundamento.

Los propios liberales estadounidenses confirman la opinión de que su ideología se opone a cambios sustanciales y de que la experiencia histórica del país no se parece en nada a la Revolución Francesa. A este respecto Arthur Schlesinger, Jr., señala lo siguiente:

Sin una revolución social que integre su pasado, el pueblo estadounidense no comprende el papel que desempeñan las catástrofes en los cambios sociales. Por consiguiente, este pueblo es de carácter gradualista; para él son escasos los problemas que no se resuelvan mediante razonamientos y debates [...]. Así, la Revolución Estadounidense fue una revolución con responsabilidad limitada, más en pos de una independencia nacional que de un cambio social. Por ende, desde la época de la independencia, los conflictos políticos dentro de los EE.UU. se han desenvuelto en una atmósfera de consenso, más bien percibida que comprendida. En cambio, las tensiones de la Revolución Francesa aún vibran en la Cuarta República.⁴

¹ Amin, Samir: «Eurocentrism», NY: *Monthly Review Press*, 2009, 15.

² *Ibid.*, 18.

³ *Ibid.*, 19.

⁴ Schlesinger, Jr., Arthur: «Liberalism in America: A Note for Europeans (1956)», *The Politics of Hope*. Boston: Riverside Press, 1962.